**DESTELLOS DE UNA CIVILIZACIÓN**

**Primera Parte**

***El virtuoso se conforma con soñar***

***lo que el pecador realiza en vida.***

**Platón**

CAPITULO 1

El polvo entraba por sus ojos, nariz y boca, haciéndola llorar entre estornudos. La garganta le picaba. Dejó el pincel en el suelo y sacó un pañuelo del bolsillo. Mientras trataba de limpiarse sin hacerse daño, levantó la cabeza y miró a su alrededor entornando los ojos. Vio grupos de personas que hacían lo mismo que ella.

Pese a haber descubierto tarde su vocación, la estaba disfrutando como nunca. Había acabado hacía poco los estudios, «algo tarde», pensaba, pero no por eso iba a renunciar.

Mucho tiempo atrás había decidido que formar una familia y llevar una vida normal no era su ideal de vida feliz, aunque su propia familia, en principio, no lo entendiera del todo. El día que llegó con los libros universitarios bajo el brazo y una sonrisa para compartir, su padre le había escupido en la cara con menosprecio que no era lo que esperaba de ella.

Era uno de los inconvenientes de haber nacido en el seno de una familia que pasó en tres generaciones de no tener para comer y compartir una habitación entre cinco familias, tras la guerra civil, a estar en lo alto de un imperio económico conseguido por casualidad por su abuelo, que había inventado un suero que, por lo que parecía, era la revolución contra la edad. Las grandes compañías de cosmética habían tirado de él hacia un lado y otro hasta que aceptó vender la patente que le supuso la gran fortuna que poseía.

Toda la familia se había educado bajo la esterilidad de los sentimientos y se basaba en lo que se tenía y en lo que se podía conseguir.

Anaïs no se sentía de la familia. Para ella los sentimientos formaban una parte

muy importante de su vida. De pequeña la orientaron a una carrera de económicas, porque eso sí se esperaba de ella, pero ella no pensaba igual y lo demostró una vez alcanzada la mayoría de edad.

Mientras miraba el entorno tan fantástico donde se encontraba, seguía pensando que era la mejor decisión que había tomado: enfrentarse a su padre y sacar adelante sus sueños, aunque eso supuso dejar a su madre

y a Marc con él.

Ahora, pasado el tiempo y tras haber sido durante años la directora

de varias excavaciones que resultaron infructuosas, parecía que en el lugar donde se encontraban en aquel momento, en pleno Vall de Boí, empezaba a aflorar el pasado a la superficie.

Se trataba de una agrupación de nueve casas particulares. El censo oficial estaba constituido por nueve familias. Había costado mucho conseguir los permisos para evitar impedimentos.

En un principio, contemplado una zona mucho más amplia que luego tuvieron que

reducir. Hicieron una exploración fotográfica aérea a baja altura, para hacer un mapa del terreno. Estos datos se introdujeron en el ordenador con el fin de obtener una idea aproximada de las localizaciones específicas a estudiar.

Una vez hecho eso empezaron su búsqueda en Barruera donde habían encontrado indicios que los llevarían a Durro pasando por Cardet i Coll conduciéndoles directamente a Saraís.

Todo seguía un patrón muy curioso que era la primera vez que se encontraba. Había conseguido indicios siguiendo una ruta del románico del valle de Boí. El tipo de investigación que ella llevaba a cabo era muy anterior al catolicismo, y más aún al románico. Era un detalle que había que tener en cuenta. Era una zona realmente espectacular donde se había salvado el principal afluente del río Noguera Pallaresa con el nuevo puente que se encontraba construido justo al lado del antiguo, del cual todavía se podían ver algunos restos. El pueblo de Saraís, en la alta Ribagorça, estaba situado aproximadamente a unos 1.337 metros sobre el nivel del mar y había sido separado del Pallars Jussà de forma oficial.

Eso respondía a la demanda popular ya que el condado de Ribagorça nació en la Alta Edad Media con identidad propia. El río Noguera de Tor cruzaba el valle con las aguas gélidas y cristalinas propias del Pirineo.

Se encontraban a bastante altitud y tenía dificultades para respirar cuando se cansaba, y eso que ella estaba acostumbrada a muy diversas situaciones debido a su trabajo. Esa zona del Pirineo la impresionaba. Pura naturaleza mostrando

todo su esplendor, poco maltratado por la especie humana, aunque no se había salvado del todo. La sensación de hacerse cada vez más y más pequeña, la golpeaba cada vez que miraba hacia arriba y veía la majestuosidad de aquella maravilla natural.

Se levantó sudando. Aunque se encontraban justo en medio de los Pirineos catalanes era un día soleado que, en plena montaña, podía hacértelo pasar mal. Bajó la pendiente que conectaba la zona donde se encontraba limpiando con el antiguo puente de Saraís.

Había encontrado algo que parecía importante, pero todavía no estaba segura de si valdría o no.

Después de seguir el protocolo habitual para los hallazgos, es decir, fotografías de situación, muestras de la tierra, etcétera, había cogido el objeto y se lo iba pasando como si fuera una pelota de una mano a la otra mientras observaba el entorno. No era la forma habitual de proceder pero, de vez en cuando, si el riesgo valía la pena, se permitía estas licencias.

Se quedó mirando lo que tenía entre las manos. Parecía un simple trozo de roca. Se lo metió en el bolsillo y acabó de bajar agarrándose a los troncos de los árboles.

Llegó al campamento general en poco más de veinte minutos. Se metió bajo la carpa y cogió el portátil. Encontró un mensaje de Marc, uno de la fundación para la cual trabajaba y uno de propaganda. Dejó el de Marc, porque tenía una idea de lo que le quería decir. Su hermano tenía pocos secretos para ella. Se centró en el de la fundación.

Delante de ella tenía un mensaje de Jordi Magret, que le hacía llegar nueva información de la excavación actual.

*Hola niña, ¿qué tal? Me han llegado unos planos muy antiguos. Ahora están fechándolos pero te puedo adelantar que prometen ser un descubrimiento*

*magnífico. Han llegado de forma anónima junto con dos pergaminos.*

 *Lo enviaremos todo a Restauración para que los puedas leer en cuanto vuelvas, ¿de acuerdo?*

Fin del mensaje.

Se quedó desconcertada. ¿Pergaminos? Si en verdad era esa la forma habitual de comunicación por escrito de la época, difería un poco de la idea que ella tenía. Estaba bastante cansada de falsos indicios que, misteriosamente, llegaban a sus manos y que la mayoría de las veces eran falsos o un mero ardid para publicitar algún producto o crear un poco más de caos en todo lo que rodeaba su objetivo. Era bien simple.

La Atlántida, la tierra más rica y con el desarrollo más magnífico de la historia de la humanidad, no era una invención de Platón ni un vehículo literario en absoluto.

Anaïs se había especializado en descubrimientos relacionados con la isla desaparecida y veía constantemente las pretensiones de diferentes sectores y gobiernos para encontrarla bajo sus dominios, pero ninguno se había podido demostrar.

Sabía dentro de sí que había existido, seguro, solo necesitaba encontrar una pista para localizarla y después poder estudiarla. Era lo que ella soñaba. Tenía una extraña sensación hacia todo este asunto. Cada vez que encontraba un pequeño indicio que le indicaba por dónde tenía que seguir buscando, se mareaba y se quedaba inmersa en una especie de sueño estando aún despierta y, en aquel momento, surgían ciertas visiones realmente cortas, pero al mismo tiempo tan reales como si las hubiera vivido personalmente. No eran en absoluto sueños. Ella lo catalogaba de recuerdos.

Con todo el revuelo casi había olvidado el trozo de fósil que había encontrado en la excavación. Se metió la mano en el bolsillo de los pantalones de trabajo sacando la pequeña roca y se fue directa a la zona habilitada para la limpieza y estudio de las muestras extraídas.

Tenía una mesa de luz enfrente y había colocado la roca encima. Se encontraban ya en la última fase de la excavación y habían encontrado muchos objetos, principalmente trozos de cerámica y alguna que otra moneda de bronce. Habían estado clasificando las muestras por tipo.

Laura, su colega y amiga, estaba dedicándose a catalogar todas las fotografías de localización de las muestras que después servirían muy bien, pero no para su investigación.

Capítulo 2

Le había enviado un e-mail con la esperanza de que, como mínimo, le contestase pero, a pesar de todo, conocía a su hermana y sabía que si quería hacerla volver de una excavación o tenía la suerte de que estuviese al lado del teléfono o tendría que ir en su busca.

Tenía el presentimiento de que tendría que hacer eso último si quería comentarle las malas noticias. Su madre ya hacía tiempo que estaba enferma y llevaba una temporada yendo a un centro de día, pero después, poco a poco, se fue apagando hasta que fue necesario llevarla a un hospital. Murió a los pocos días. Marc estaba preparado para soportar lo que había pasado porque la había cuidado él los últimos años pero para Anaïs sería un golpe muy duro.

En realidad, en los mensajes que le había enviado a su hermana solo le instaba a que volviese pero no le daba demasiadas pistas. Seguramente no había visto los mensajes concentrada en su investigación.

Ahora estaba centrado recogiendo las cosas de su madre y poniéndolas juntas en la habitación del fondo.

Era un piso grande. Fue del abuelo Miquel y al final se había encontrado viviendo él con su madre. En una habitación guardaban las cosas de Anaïs si el trabajo que

hacía tenía que durar más de seis meses, como era el caso. De esta forma no tenía que mantener ningún alquiler.

Tenía mucho trabajo para hacer, entre otros, arreglar la reunión con el notario el cual tenía instrucciones muy precisas de su madre. Le había hecho prometer antes de morir que se aseguraría de que los dos estarían presentes en la lectura. En sus ojos había visto mucha urgencia y necesidad de que así fuera, de modo que se dijo a sí mismo que no perdería nada por cumplir su última voluntad. Su padre hacía ya mucho tiempo, casi cuatro años, que había muerto y había repartido toda su fortuna contando con Anaïs. Aunque hacía años que no se hablaban, su padre no podía esconder que era su niña y que estaba orgulloso, aunque nunca lo diría.

Marc con estos recuerdos en la cabeza iba transportando todos los objetos que consideró que se tenían que guardar y los más triviales los dejó aparte en una bolsa, a la espera de que Anaïs los mirase.

Con 49 años y su profesión establecida, Marc sentía un orgullo muy personal hacia su hermana.

No era una chica corriente. En el colegio, cuando eran pequeños y a pesar de ser considerablemente más menuda que él, en alguna ocasión su madre la había cogido por el cuello de la camisa justo a tiempo, porque quería calentar a algún niño más grande, que ella consideraba que se había portado mal con él. Tenía un genio espectacular, pero después era un trozo de pan. Desde pequeña había demostrado ser muy independiente y, como se tomaba su tiempo en todo lo que emprendía, su trabajo era realmente el que le pegaba. Por el contrario, él siempre había sido un chico muy corriente. Acabó la carrera de Derecho y montó su despacho, donde había trabajado hasta el momento. De la única cosa que se arrepentía un poco era de no haber formado una familia. Ahora ya era demasiado tarde. Llevaba todos los temas legales de la familia incluyendo los de Anaïs, que constantemente tenía algún contratiempo al decidir a quién pertenecía algo o quién lo tenía que exponer.

Cuando hubo acabado lo que estaba haciendo miró la hora. «Las doce, buena hora para ir a Vall de Boí», se dijo dirigiéndose al aparcamiento. Bajó la escalera interior del piso del Ensanche izquierdo y se dirigió a su todoterreno. Le encantaba aquel coche. Dejó la bolsa detrás y subió al asiento del conductor. Poniendo en marcha el GPS, introdujo la dirección aproximada donde debía de estar su hermana y se dispuso a pasar las siguientes horas disfrutando de la música y la conducción.

Capítulo 3

Ya había dispuesto las herramientas encima de la mesa de luz. No le gustaba que en mitad del trabajo le faltase alguna de ellas. Fue hasta la cafetera y se preparó un café mientras se quedaba atontada mirando por la ventana de 40 por 60 cms.

—Es curioso cómo hacen estas tiendas de campaña —se dijo. Todas tenían puerta y ventanas de plástico, y el resto estaba hecho de una lona lo bastante gruesa como para no dejar pasar el frío. La sensación era parecida a la de estar en una casa.

Se sentó con un gesto de concentración en el rostro. Colocó la muestra de forma que, con las reglas incrustadas en la mesa, le dieran la medida. Cuando estuvo contenta con el resultado, cogió la cámara digital y encuadró la fotografía que quería hacer. Hizo un montón más de fotografías para examinarlas en el ordenador después.

Lo siguiente que quería hacer era lo que más le gustaba: saber de qué se trataba. Para eso cogió un punzón con forma curva, como si fuera un garfio y empezó a rascar delicadamente el material que rodeaba la muestra. Las primeras capas que deshizo eran principalmente tierra que iría cargada de minerales, razón por la que ya había enviado una muestra al laboratorio. La pieza era bastante grande, algo que hacía el trabajo más largo, pero le gustaba hacer las cosas con cuidado y este momento era el que menos prisas necesitaba.

Después de unas horas sin darse cuenta del paso del tiempo, le empezaba a doler la espalda. Levantó la cabeza y con los ojos cerrados empezó a hacer rotaciones sintiendo el crujido de sus vértebras por haber estado tanto tiempo tensa en la misma posición.

Cuando volvió a abrir los ojos se sobresaltó. Delante de ella estaba Marc con una expresión en los ojos que no sabría interpretar.

— ¿Qué haces tú aquí? —dijo un poco molesta.

—Pues como ni lees los mensajes, ni coges el teléfono, he tenido que venir hasta aquí, pero parece que te molesta más a ti que a mí.

Marc se divertía cada vez que su hermana se enfadaba, aunque esta vez no mostró lo que sentía debido al motivo de su viaje.

—No me molesta, solo es que estaba concentrada en lo que hacía y me ha sorprendido verte aquí. ¿Quieres un café? —dijo cambiando de tema, Bien cargado, ¿no? Anda, ven, que saldremos fuera a tomarlo.

Hace buen tiempo. —Diciendo eso cogió las dos tazas y salió hacia fuera dando por hecho que su hermano la seguiría.

Marc hizo lo que se esperaba de él, intentando construir la forma en la que le diría que su madre estaba muerta. Siempre habían estado muy unidas. Le escribía de forma constante pero por correo tradicional, ya que consideraba que las cartas manuscritas tenían más valor para quien las recibía. Cuando ya no pudo escribir más, le pidió a él que escribiera lo que le dictaba. Un día Marc le dijo que sería buena idea avisar a Anaïs, pero ella se lo prohibió terminantemente. Siguieron así un tiempo hasta que se puso peor, entonces Marc avisó a su hermana, que de vez en cuando bajaba al hospital para ver cómo se encontraba. Mientras se sentaban sobre dos cajas como asientos improvisados, Marc le explicó todo lo que había sucedido hasta su muerte.

Anaïs se emocionó y con lágrimas rodando por su mejilla intentó construir algún tipo de palabra pero la voz se le quebró mientras abrazaba a su hermano en un gesto de dolor. Cuando la situación se calmó un poco Anaïs quiso saber más cosas

de los últimos días de su madre.

—Así que te dijo que quería que te aseguraras de que fuéramos los dos a la lectura del testamento… Pues no será porque pensara que a mí me importase en absoluto el tema económico, porque todo el mundo sabe que jamás me ha detenido no tener nunca un céntimo.

—No va por ahí —dijo Marc—. Me parece que tenía un as bajo la manga o quizás la enfermedad ya le había hecho perder la cabeza.

—No digas eso, Marc. Si había algo que le hacía sentir orgullosa era tener el cerebro en perfecto estado.

—Dejemos el tema —dijo Marc, un poco enfadado.

Había sido él quien había visto las cosas raras que había hecho los últimos días pero no quería ver todavía más triste a su hermana.

—No he venido a decidir cómo estaba. Ya no está. Este es el motivo de mi visita, no para discutir, Anaïs. He venido a buscarte para que vengas a la ceremonia de cremación y ya que estás en Barcelona para que mires algunas de sus cosas para ver qué quieres conservar. Si lo haces todo en el mismo viaje, no perderás demasiado tiempo fuera de la excavación.

— ¡Da igual la excavación ahora! No puedo decir que no me lo esperase, pero no así. Hace poco más de una semana que fui al hospital.

Estuve a punto de quedarme pero insistió en que fuera a trabajar, que se enfadaría si me quedaba y que como no podía hacer nada, más valía aprovechar el tiempo.

A Anaïs se le rompía la voz explicándole a su hermano la conversación con su madre.

Decidieron que era tarde para coger el coche y bajar a Barcelona, por lo que se fueron a dormir y acordaron emprender la marcha por la mañana. El despacho del notario amigo de Marc que se haría cargo de los temas legales de su madre estaba situado en la parte alta del Ensanche entre la calle La Forja y Marià Cubí.

Salieron lo bastante temprano de Saraís para llegar un poco más tarde del mediodía. Como tenían hora a las dos y media, decidieron dar una vuelta y comer cerca, así Anaïs podría ir a recoger las cosas que quisiera conservar y decidirían qué hacer con el resto antes de que volviera de nuevo a la excavación.

Aunque Laura le había dicho que estuviera tranquila y que hiciera lo que tuviera que hacer, no se quería aprovechar. Siempre decía que lo mejor para sacarse los problemas de la cabeza era trabajar y no quedarse en el sofá llorando la pérdida de su madre ya que esto último no le ayudaría en absoluto a superarlo. Marc no la entendía del todo aunque tampoco la juzgaba por lo que era. Cuando llegó la hora de ver a Simó, el notario, se dirigieron a la finca. El portero les preguntó dónde iban y acto seguido les indicó dónde estaba el ascensor.

—Tranquila —dijo Marc apretando el botón para hacer bajar el aparato—.

Simó hará todo el que pueda para aliviarnos y que no lo alarguemos demasiado.

—No estoy nerviosa. Quizás un poco enfadada, pero ya me acostumbraré.

Supongo —dijo con poca convicción.

El ascensor se detuvo lentamente y tuvieron que abrir la restaurada puerta metálica para acceder al aparato. En opinión de Marc debían haber cambiado todos esos arcaicos ascensores en lugar de rehabilitarlos.

Entretenido en sus pensamientos mientras se sentaba en el banco interior del pequeño habitáculo, sabía que su hermana estaría totalmente en contra de su opinión ya que ella pensaba, entre otras cosas, que había que proteger los edificios emblemáticos.

Esta vez no discutieron sobre este tipo de asuntos sino que subieron en silencio los pisos hacia el despacho de Simó.

Anaïs no creía que le fuera fácil acostumbrarse a la falta de su madre pero no quería que Marc se preocupase por ella.

Aunque no la veía mucho, su madre siempre tenía alguna palabra amable o de ánimo para ella. Cuánto se peleó con su padre, fue ella la que intercedió y la que todo el tiempo le allanaba el terreno, con la convicción de que algún día harían las paces. No fue así pero su madre no se rindió jamás.

Llegaron al despacho haciendo que Anaïs saliera de sus pensamientos y con ademán serio entró en el despacho donde Marc le presentó al hombre que le daría el último y más importante regalo que le haría su madre.

Capítulo 4

«*Yo, María Agustina, en plenas facultades, redacto este testamento en presencia del notario de la familia, con el fin de que se cumplan mis últimas voluntades al pie de la letra.*

*En primer lugar agradecer a mis hijos Marc y Anaïs que estén aquí para escucharme. El primer tema que trataremos será económico.*

*A Marc he querido legarle la casa, nuestro hogar del Ensanche…*